

Dirección:
Caballeros, 13

Colaboradores
los que solicite el director

Plumas Noveles

SUSCRIPCIÓN
Un mes. . . . 0,25 pts.

Redacción y Admón.
San Gil, 1

RAPIDA

ATARDECERES

Era una espléndida tarde. Caminaba yo, sin rumbo fijo, por una de las fértiles vegas de la ciudad de X. cuando de improviso me encontré ante un magnífico y suntuoso palacio. Contemplé algunos minutos la majestuosidad y grandeza de aquel edificio que, al parecer, había sido albergue de encumbrados personajes; mas al lado de aquella grandeza, veíase un gran descuido: las puertas cubiertas de polvo y los jardines mustios y marchitos, sólo descuido atestiguaban.

Medité un momento sobre esto, y continuando mi paseo, me alejé.

No llevaría recorridos veinte metros, cuando acertó a pasar un viejo de por aquellos lugares; me saludó, y yo, llevado de la curiosidad, al mismo tiempo que le volví el saludo, le pregunté:

—¿Sabe Ud. y quiere decirme a quién pertenece ese palacio?

Un poco tardó en responderme; mas al cabo, dijo:

—Sí, señor, y más vale que no lo supiera.

Aquellas palabras redoblaron mi pujante curiosidad, y le pregunté nuevamente:

—¿Es que ese palacio tiene para usted recuerdos tristes?

—Sí, señor—me dijo—. muy tristes; en su interior tuvo lugar un drama, del que fueron, sin querer, protagonistas los marqueses de Z.

—¿Y tendría algún inconveniente—me atreví a decirle—en contarme ese drama?

Quedóse un tanto perplejo con mi pregunta; me pareció que innúmeras ideas y maquinaciones se ceñían en su mente; él debió comprender que la curiosidad era la que me había guiado, y al fin dijo:

—Pues verá Ud. Corría el año 1855, en el cual, el primogénito de los marqueses de Z contrajo matrimonio en la Corte. Todos estos campos y el edificio que tanto le ha llamado la atención, pertenecían a los padres, pero murieron éstos y le correspondió por herencia al hijo. Como ya le he dicho, éste se casó, y aquí se trasladaron los cónyuges para gozar de las delicias y frescura de estos parajes. Yo era un criado antiguo de la casa, y los marqueses me querían mucho, cariño que yo les tenía a ellos todavía mayor, pues lo mismo él que ella eran muy buenos; nunca hubo entre ellos ningún disgusto, como tampoco nunca llegaron a regañar a un criado; sí, señor, créame, eran muy

Al llegar aquí, unas lágrimas salieron de sus ojos, hizo una pequeña pausa mientras encendíamos sendos cigarros y prosiguió:

—Por no hacer largo mi relato le dire a Ud. lo más interesante. No llevaríamos un mes aquí, cuando un día ¡Oh fatal día! nos levantamos los criados y advertimos que, contra su costumbre, los señores tardaban en salir, mas tanta era su tardanza que uno de los criados hubo de llamar a la puerta y como viera que nadie respondía, nos dió cuenta a todos los de la casa.

La indecisión era con nosotros, no sabíamos qué resolución tomar hasta que ya resolvimos abrir la puerta, así lo hicimos, pero pásmese Ud.: abrir la puerta y proferir todos un grito de terror, todo fué la misma cosa.

—¿Pues qué era ello?—le pregunté.

—Que habían asesinado a los señores y yacían en el suelo en medio de un charco de sangre, horriblemente mutilados y sus rostros contraídos en una mueca de dolor.

—¿Y quiénes fueron los asesinos?

—Desaparecieron sin dejar una sola prueba delatora de su crimen y lo único que pudimos deducir, fué que debieron pasar por la ventana de la habitación, porque la puerta estaba intacta, pero la ventana, que por el jardín daba acceso a la habitación, estaba abierta.

Lleno de estupefacción y sin poder comprender todo aquello, le dije:

—¿Les impondrían un castigo ejemplar a los asesinos?

—No señor, no pudieron dar con ellos; los más inteligentes policías intervinieron en este asunto y no pudieron averiguar quién o quiénes fueron los autores de aquel suceso. Desde aquel día me falta la protección de los señores, y a no ser porque los administradores, en pago de mis servicios, me dieron estas tierras, a estas horas no se ciertamente lo que sería de mí.

Ya el sol tornaba a su ocaso. Me despedí de él prometiéndole volver por allí y me marché vivamente impresionado por el suceso que, de labios de aquel simpático viejo, terminaba de escuchar.

CRUZ M. ESPADA

ÍNTIMAS

Un tributo al recuerdo

A solas con mi alma...

... Hablaba de Amor, de proyectos, de futuras rosadas esperanzas... De pronto, el eco de una voz juvenil se quiebra en mis oídos:

Hidalguis...

Y al rotar la cabeza para responder, un joven vivaracho, moreno y listo, me asalta con simpática vehemencia:

—Unas cuartillas para PLUMAS NOVELES, Hidalguis; muy en breve sale el periódico y queremos insertar algo suyo... Una poesía, una crónica, cualquier cosa... Gracias... Adiós...

Cuando iba a contestarle para hilvanar unas excusas, habíase mi interlocutor esfumado. Desorientéme un poco; pero después, puse atención y lo comprendí todo.

¿A qué negar que me sentí algo débil...? Sí, vacilé un instante; pero algún recuerdo me hizo ver claro y parecióme corto el tiempo para subir a casa y escribir estas líneas. ¡Oh, venturoso hado! Encerrariame a solas con mi alma y reviviría con trémulo respeto mis primeros años de escritor...

... Era yo un niño, algunos trece años. Enredaba de más en casa y jugaba con los de *mi igual*. Pero diz los que me recuerdan, que alguna noche que la luna brillaba esplendente y envidiadora, me quedaba mirándola *embobado*, al par que musitaba una canción... Y mientras algunos camaradas extrañados quedábanse por tal acción, yo, al contemplar un cielo tan inmenso y oscuro y una luna tan clara, tan clara... me sentía poeta... ¡Un pobre poeta de 13 años...!

Sucedió cierta vez que pasó por mi lado una joven tan linda, alucinadora y pizpireta, que hizome temblar cual un azogado. Hoy la hubiera cubierto de mil galanas y exuberantes flores; pero en aquella edad dichosa sólo pudo mi ingenuo amor ofrendarle una mirada cálida y penetrante, al paso que dispararla un «qué bonita!», tras del que se me fué un pedazo de alma. Aquella noche soñé muy bellas cosas. Por la mañana ya me sentí más hombre... más poeta... Y comencé a sufrir...

Entonces ya leía a Zorrilla y a Bécquer, y sentía con las estrofas de Campoamor una singular delectación...

Y mi excitada fantasía de adolescente quiso que yo escribiera... ¡Sería tan bello saber decir las cosas como a veces se sienten...! ¡Se sentiría uno tan dichoso al ver reflejado su corazón en un pedazo de papel...! Y comencé a escribir...

Después llegaron los quebrantos, las decepciones, las tristezas, los desoladores desengaños. Las nacarinas ilusiones truncadas a cercén, se sucedieron cruelmente veloces. Algunas mujeres me quisieron. Yo también las quise. Me inspiraron cálidas rimas y me hicieron pensar.